

ACTOS CONMEMORATIVOS DEL BICENTENARIO DE LA
GUERRA DE LA INDEPENDENCIA
EN BADAJOZ
(1808-2008)

CONFERENCIAS

15 de octubre - 18 de noviembre de 2008

Salón de Actos de la
Real Sociedad Económica de Amigos del País

Coordinador y edición:

ALBERTO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ
Cronista Oficial de Badajoz

Badajoz en la Guerra
de la Independencia

Edita:

Servicio de Publicaciones
del Excmo. Ayuntamiento de Badajoz

© de esta edición:

Servicio de Publicaciones
del Excmo. Ayuntamiento de Badajoz

*Maquetación, impresión
y encuadernación:*

Tecnigraf, S.A.

Tel. 924 28 60 06

Badajoz

Dep. Legal: BA-134/2009

I.S.B.N.: 978-84-87762-30-7

Badajoz, 2009

Índice

Presentación, <i>Miguel Ángel Celdrán Matute</i>	9
Introducción, <i>Alberto González Rodríguez</i>	13
Godoy ante la Guerra de la Independencia, <i>Enrique Rúspoli Morenés</i>	21
España 1808-2008. Claves de un bicentenario, <i>Fernando García de Cortázar</i>	53
Las murallas de Badajoz en la Guerra de la Independencia, <i>María Cruz Villalón</i>	69
El Motín de Aranjuez, inicio de la Guerra de la Independencia. Un acontecimiento histórico falseado, <i>José Luis Lindo Martínez</i>	101
Badajoz, ciudad clave en la Guerra de la Independencia, <i>Alberto González Rodríguez</i>	143
El General Menacho y la defensa de Badajoz, <i>Eduardo García-Menacho y Osset</i>	159
Olivenza y su papel en las relaciones luso-españolas, <i>Luis Alfonso Limpo Píriz</i>	191

Olivenza y su papel en las relaciones luso-españolas*

LUIS ALFONSO LIMPO PÍRIZ

*Investigador y escritor. Director de la Biblioteca Municipal
y Archivo Histórico de Olivenza*

Quiero iniciar mi intervención agradeciendo la asistencia de todos ustedes y también la oportunidad que me ha dado el Excmo. Ayuntamiento de Badajoz, y en particular el coordinador de este ciclo de conferencias, para hablar de las relaciones luso-españolas durante la Guerra de la Independencia y el papel que en ellas jugó la ciudad de Olivenza. Un tema inédito, prácticamente terreno virgen, a pesar de las miles de referencias bibliográficas, entre libros y artículos, publicados en varios idiomas sobre la también llamada *Peninsular War*. La única aportación que conozco al tema de las relaciones luso-españolas durante los años 1808-1814 son dos

* Conferencia pronunciada el 18 de noviembre de 2008.

La exposición resume diversos aspectos tratados en nuestro libro *La traición del Duque de Wellington* (Cáceres: Caja Extremadura, 2003). Remitimos a dicha obra al lector interesado en verificar o ampliar las oportunas referencias bibliográficas y documentales, omitidas en nuestra exposición oral. Por razones de urgencia, la reproducimos aquí sin más notas ni añadidos.

modestos artículos de Gerardo Lagüens Marquesán publicados en los años cincuenta. En nuestros días, con motivo del bicentenario, algunos autores han escrito sobre la participación del ejército portugués en las campañas y batallas desarrolladas en territorio español. Pero sin analizar las relaciones políticas y diplomáticas luso-españolas, y mucho menos la cuestión de Olivenza, los dos temas que me gustaría engarzar aquí esta noche.

El Dos de Mayo, y el bando del Alcalde de Móstoles que le sigue, marcan un giro de 180° en las relaciones luso-españolas, un vuelco total de la situación mantenida en los últimos veinte años, incluso una inversión absoluta del sistema de alianzas vigente en los dos siglos anteriores. Portugal y España dejan de ser rivales para convertirse en aliados que luchan contra un invasor común (Francia), con el respaldo de un aliado también común (Inglaterra), árbitro de la nueva situación gracias a su oro y su armada. Por primera vez en la Historia Portugal y España tienen el mismo enemigo y el mismo aliado. Ahora bien: la pregunta que yo me hago –y les planteo a todos ustedes– es la siguiente. ¿Podía funcionar la alianza luso-española...? ¿Serían capaces Portugal y España de poner fin a siglos de rivalidad y hacer frente a los retos del momento...? ¿Qué es lo que triunfaría, la unión, exigencia del presente, o las inercias del pasado, la división y la discordia...?

Para responder a estas preguntas es preciso que tengamos muy presente la fractura estratégica que divide la Península Ibérica en dos grandes bloques: uno orientado hacia el Atlántico (Portugal), otro orientado hacia el continente y el Mediterráneo (España). Esa fractura se hace irreversible en Aljubarrota (1385), cuando Inglaterra garantiza la independencia política de la fachada atlántica. Los sesenta años de la Unión Ibérica con los Felipes (1580-1640) serán apenas un paréntesis. La fractura estratégica peninsular se ensanchará en 1640, con la Guerra de Restauración, en 1704, con la Guerra de Sucesión, y en 1762, con la llamada *Guerra fantástica* o de la Liga. La

expresión política de esa oposición entre intereses atlánticos y continentales será la alianza de Portugal con Inglaterra y la alianza de España con Francia.

En los años que van de la Revolución Francesa al Dos de Mayo las relaciones luso-españolas, en vez de mejorar, se deterioraron aún más. La Revolución Francesa ahondó la fractura estratégica peninsular, causa de todas las guerras luso-españolas anteriores. En consecuencia, reforzó la orientación atlántica de Portugal, y por tanto su alianza con Inglaterra, y reforzó también la orientación continental de España, que se vio obligada a renovar el "Pacto de Familia" con Francia a pesar de que la cabeza de Luis XVI había rodado bajo la guillotina. Godoy gobierna cuando más grande es la fractura estratégica peninsular. Por eso Portugal fue la piedra en el camino de Godoy, la piedra en la que tropezó tres veces.

El primer tropezón le costó nada menos que la salida del Poder. Francia, borbónica o revolucionaria, era la única potencia que podía garantizar la conservación de nuestro imperio colonial frente a la amenaza de Inglaterra. Con los revolucionarios franceses dueños del País Vasco y de Cataluña, y llegando a Burgos, a Godoy no le quedó más remedio que hacer a un lado escrúpulos ideológicos, negociar su paz separada con la República victoriosa y ofrecerse como mediador a Portugal —que se habían empeñado en participar en la guerra sin que nadie le hubiese dado vela en el entierro—. Francia no podía atacar a Portugal directamente por mar. Tenía que hacerlo por tierra, es decir, pasando por España. Godoy resistió durante dos años las presiones del Directorio, negándole el paso a las tropas francesas para atacar a Portugal. Como mediador quedó literalmente entallado entre Francia y Portugal, haciendo el ingrato papel de colchón amortiguador del zarpazo francés. Fueron, entre otras causas, esas presiones del Directorio las que obligaron a Carlos IV a considerarle amortizado, prescindir *por el momento* de sus servicios y sustituirle por Urquijo en 1798.

El segundo tropezón de Godoy con Portugal fue una consecuencia de esa *Guerra de las Naranjas* todavía hoy tan poco valorada por la historiografía, a pesar de constituir auténtico nudo gordiano del segundo mandato de Godoy. Después del golpe de Estado del 18 de Brumario el prestigioso general Bonaparte se autoproclama Primer Cónsul. La tensión estratégica entre Francia e Inglaterra, entre la tierra y el mar, entre la invencible artillería y la también invencible *Royal Navy*, se transmite a las relaciones luso-españolas. ¡Hay que quitarle a Inglaterra el único aliado que le resta en el continente!: Portugal.

Vista la desastrosa gestión de Urquijo a todos los niveles, Carlos IV llama de nuevo a Godoy. El primer cometido del extremeño en su regreso al Poder será acordar el cierre a los ingleses de los puertos de la fachada atlántica y la ocupación del tercio Norte de Portugal nada menos que con el hermano del Primer Cónsul, Luciano Bonaparte. En la menospreciada *Guerra de las Naranjas* Godoy obtuvo un doble éxito, militar y político. Éxito militar porque, con un ejército en muy mal estado, sabiendo que los portugueses estaban peor aún fue de victoria en victoria hasta el río Tajo, sin permitir que llegasen a intervenir las tropas francesas. Pero sobre todo éxito político. En las negociaciones de paz consiguió neutralizar a Luciano sobornándolo con los diamantes portugueses, evitar las terminantes instrucciones de Napoleón falsificando la fecha de los tratados y hacer una paz con Portugal separada e independiente de la de Francia.

Los Tratados de Badajoz del 6 de junio de 1801, en realidad firmados el día 9, constituyen un modelo de equilibrismos en esa cuerda siempre floja que es la del Poder. España obligó a Portugal a cerrar sus puertos a Inglaterra –principal exigencia francesa– sin lesionar gravemente los intereses del Regente portugués, casado como bien saben con Carlota Joaquina, hija de Carlos IV. Portugal, gracias a la eficaz interposición de Godoy, se vio libre de ser invadido por los franceses, pero aumentó su resentimiento contra España por la diminuta mutilación de Olivenza. Francia obtuvo de Portugal el cierre de

sus puertos a la armada inglesa y le apretó las tuercas en un tratado posterior, firmado en Madrid en septiembre de 1801. Pero Napoleón se sintió engañado por Godoy al no conseguir la ocupación del tercio Norte del país, objetivo de su absurda política de presas de cara a las negociaciones de paz con Inglaterra.

La guerra-relámpago de 1801 y los Tratados de paz de Badajoz fueron un indudable éxito militar y político de Godoy. Sin embargo, tanto Francia como Portugal se vengaron de las humillaciones sufridas en Badajoz. Francia, como es sabido, se vengó negándole una silla a España en la negociación de la Paz de Amiens, tolerando la ridícula conquista de Olivenza como un "ajuste de fronteras" y sobre todo entregando a Inglaterra los 4.800 Km² de la isla de Trinidad. La venganza portuguesa ha sido ignorada hasta la fecha por la historiografía, a pesar de su enorme trascendencia. Al llegar a Brasil la noticia de que España había declarado la guerra a Portugal, un puñado de milicianos y contrabandistas – con el apoyo posterior de tropas regulares – invadió la Banda Oriental del río Uruguay. Entre agosto y diciembre de 1801 aquel grupo de bandeirantes riograndenses incorporó a la Corona portuguesa una extensión de 90.000 Km². O sea: gracias a la guerra de 1801, Portugal consiguió *duplicar* en la colonia la superficie de la metrópoli. Naturalmente, sin que ningún tratado posterior legalizara aquella ocupación *de facto*.

En el Tratado de Amiens de 1802 Olivenza y la isla de Trinidad quedaron pues unidas por un mismo vínculo jurídico. La cesión de la Trinidad a Inglaterra no tenía vuelta atrás. En cambio, la ocupación portuguesa de las Siete Misiones orientales del Uruguay... Godoy intentó recuperar aquellos 90.000 kilómetros ocupados por los portugueses en el virreinato del Plata. Lo intentó primero por la vía diplomática, a través de sucesivas reclamaciones presentadas por nuestro embajador en Lisboa, Conde de Campo Alange. Los portugueses supieron darle largas y marearle la perdiz durante dos años, desde 1802 hasta 1804. En esa fecha, como resultado de un choque

entre dos partidas de caballería, el denominado combate de Jarau, los portugueses descendieron de la línea del Ibicuí a la del Quaraí, anexinándose en la Banda Oriental del Uruguay 45.000 km², una extensión equivalente a Extremadura. Godoy arrojó entonces la toalla de la vía diplomática y puso en marcha una operación rescate para la reconquista *manu militari* de las Misiones Orientales del Uruguay. Operación rescate frustrada por la crisis cerealística de 1804, y el desastre de Trafalgar en 1805.

Los años de 1806 y 1807 son los del tercer y definitivo tropezón de Godoy con Portugal. En octubre de 1806 el Príncipe de la Paz amaga con declararle la guerra a Napoleón en su famosa proclama de El Escorial. Pero el victorioso doblete de Iena sobre rusos y prusianos consagra como amo absoluto del continente a Napoleón, que decreta en Berlín el bloqueo continental contra Inglaterra. Con las espaldas bien cubiertas a Oriente por la paz de Tilsit con Rusia, en 1807, el Emperador tiene ahora manos libres para ocuparse de Occidente, del único aliado que le queda a Inglaterra en Europa: de Portugal. Y quien dice Portugal, dice España...

Godoy es consciente del sistema bipolar que rige la política internacional, del estratégico duelo a muerte entre la tierra y el mar. Por eso le propuso a Carlos IV ocupar Portugal. Para anticiparse y evitar así que Napoleón volviera a introducir sus tropas en España, como en 1801, con el pretexto de ocupar la fachada atlántica. Carlos IV, sin embargo, se opuso por razones morales y familiares a su proyecto. Y esa negativa arrojó definitivamente a Godoy en brazos de Napoleón. Después de siete años de forcejeo jugando al ratón y al gato, Napoleón se convierte en la única garantía externa que le queda a Godoy para defenderse de sus cada vez más poderosos enemigos internos, agrupados en torno al resentido Príncipe Fernando. El Tratado de Fontainebleau, y la consiguiente invasión de Portugal por tropas franco-españolas, es desde luego la salvación personal de Godoy, la esperanza de un trono propio en Los Algarves. Pero también el

desquite por los 125.000 km² que ocupan los portugueses en la Banda Oriental del Uruguay, la segunda edición, esta vez en serio, de la *Guerra de las Naranjas*. En 1807 Godoy no será ya el colchón amortiguador del zarpazo napoleónico, sino el martillo pilón de Francia. Por encima de todas sus expectativas personales, Fontainebleau será sobre todo el caballo de Troya del Emperador, el tercer y último tropezón de Godoy con Portugal. Viendo que le han tendido una trampa, propone a Carlos IV salir de Aranjuez, retirarse a Badajoz o Sevilla, a Cádiz, a América en última instancia. Una vez más, el Rey se niega a seguir su consejo. El motín de Aranjuez allana de manera imprevista el camino a Napoleón. De Aranjuez al Dos de Mayo no hay más que un paso.

Si saliéramos ahora mismo a la calle y preguntáramos al azar a la gente “¿Sabe Vd. lo que pasó en España el Dos de Mayo de 1808...?”, creo que hasta los estudiantes de secundaria responderían, más o menos, acertadamente. Yo quiero hacerles a todos ustedes una pregunta mucho más difícil y comprometida: ¿Qué pasó en Portugal el uno de mayo de 1808?

En la Historia de España el Dos de Mayo marcó el hito de la ruptura con Francia, plasmada por Goya en sus dos célebres cuadros y formalizada después por el Alcalde de Móstoles en su no menos célebre bando. En la Historia de Portugal la ruptura con Francia no se produjo a navajazos por las calles contra los soldados de Junot, y después con fusilamientos en masa a la luz de un farol, sino de forma mucho más suave y diplomática: a través de un manifiesto. Por una de esas curiosas sincronías, que tanto abundan en las relaciones luso-españolas, dicho manifiesto fue publicado justo el día antes de la revuelta madrileña: el uno de mayo de 1808. Y no fue publicado en Lisboa, sino en Río de Janeiro. Recordemos que en noviembre de 1807 el Regente de Portugal y toda la Corte zarpó del puerto de Lisboa con destino a Brasil, cuando la vanguardia de Junot entraba en la capital. Es decir: Portugal adoptó la solución

preconizada por Godoy en Aranjuez, frustrada por el motín: la retirada estratégica. Una vez que el Regente descansó de su penoso viaje, declaró la guerra a Napoleón y consideró en su famoso manifiesto “nulos, e de nenhum effeito, todos os Tratados que o Imperador dos Francezes o obrigou a assignar, e particularmente os de Badajoz e de Madrid em 1801, e o de Neutralidade de 1804; pois que elle os infringio, e nunca os respeitou”. No crean Vds. que la declaración de guerra se quedó en pura formalidad. De las palabras... se pasó a los hechos. Un pequeño destacamento invadió acto seguido la Guayana francesa y conquistó la fortaleza de Cayena. Con ese gesto Portugal se desquitó de las muchas humillaciones que había sufrido de Francia en los últimos quince años.

Resumiendo: la Revolución Francesa primero, Napoleón después, ensancharon la fractura estratégica peninsular. Por eso a todas las guerras habidas entre Portugal y España en la Edad Media y Moderna, Godoy, él solo, en el inicio de la Edad Contemporánea, sumó dos invasiones: la de mayo de 1801, exclusivamente española, en la que por primera vez en la Historia resultó mutilada la integridad territorial del Portugal metropolitano, y la de noviembre de 1807, invasión esta vez franco-española, consecuencia del Tratado de Fontainebleau. Comprenderemos que Godoy siga estando todavía considerado en Portugal como una auténtica bestia negra y comprenderemos, sobre todo, que en vísperas del Dos de Mayo las relaciones luso-españolas fueran malas a todos los niveles. Malas entre las dos Casas reinantes, pese a los vínculos familiares que unían Borbones y Braganzas. Malas entre los dos Gobiernos, al girar cada uno de ellos en la órbita de sistemas de alianzas condenados a chocar. Y malas también entre los dos pueblos, entre los paisanos de uno y otro lado de la Raya. Las rivalidades estatales dejan siempre como secuela las antipatías nacionales. Tan es así que en 1862, medio siglo después de la Guerra de la Independencia, persistía el odio entre portugueses y españoles de que nos hablan las memorias de los oficiales británicos destacados en la Península, a juzgar por el

testimonio que nos brinda el Barón de Davillier en su célebre *Viaje a España* ilustrado por Doré: “Un río, o por mejor decir un torrente, llamado el Caya, es el único límite de los dos reinos. Sin embargo, sus habitantes difieren tanto entre sí como si tuvieran por frontera un ancho río o una alta cadena de montañas. La antipatía de los españoles hacia los portugueses existe desde hace mucho. Lord Wellington, comparando su enemistad a la de los perros y los gatos, decía en un despacho que los arrieros españoles preferirían ofrecer sus servicios a soldados franceses, sus enemigos, antes que transportar víveres para los portugueses, sus aliados. (...) Byron ha descrito muy bien este sentimiento de animosidad. (...) Un viajero alemán observaba también hace sesenta años el desprecio que los españoles mostraban por sus vecinos los portugueses. Y el odio inveterado con que éstos les correspondían”.

...

Hemos dado un repaso al estado de las relaciones luso-españolas antes del momento crucial de la ruptura con Francia. Hemos visto que esas relaciones estuvieron marcadas por una honda fractura estratégica entre el Continente y el Océano que ensancha el afán imperialista de Napoleón y su absurda estrategia de bloqueo. En un primer envite (1798), Godoy se resiste a invadir Portugal. En 1801 lo hace solo. Y en 1807 mal acompañado. El Dos de Mayo da un vuelco completo a la situación, formalizando la ruptura con Francia el Manifiesto de Río de Janeiro del uno de mayo y el bando del Alcalde de Móstoles. Retomemos la pregunta inicial: ¿Podían Portugal y España dejar de ser rivales y convertirse en aliados contra el invasor común? El uno y el dos de mayo de 1808 representan una encrucijada decisiva no sólo en el devenir histórico nacional de portugueses y españoles, sino también en la historia de sus relaciones. Los posibles caminos a tomar eran dos: uno malo, y otro bueno.

El malo era el camino viejo del pasado, de la inercia histórica, de la fractura estratégica plasmada en sistemas de alianzas enfrentados y

sucesivas guerras, de la división entre los dos Gobiernos y el divorcio moral entre los dos pueblos, del revanchismo, del oportunismo... El bueno era el camino de la reconciliación, el camino de la necesidad, que coincidía con el de la virtud, el camino de la refundación de las relaciones luso-españolas sobre nuevas bases:

- 1ª) La necesidad estratégica de conservar las respectivas colonias frente a los apetitos territoriales y comerciales de franceses y británicos;
- 2ª) La necesidad política de un pacto fundado en los intereses de las dos naciones, frente a las alianzas basadas en los exclusivos intereses de las dos dinastías;
- 3ª) La necesidad moral de una reconciliación entre los dos pueblos y el completo olvido de todo lo pasado, frente a odios y rencores atávicos.

Pero, al igual que en la célebre rima de Bécquer, "no pudo ser". La cooperación dinástica no pudo ser debido al secuestro y dispersión de la familia real española. La cooperación militar no pudo ser debido a que Portugal no tenía ejército propio en 1808: tuvieron que crearlo los ingleses. La cooperación civil, salvo casos y episodios aislados, no pudo ser debido al divorcio moral que separaba a portugueses y españoles, al foso que habían creado entre ellos los prejuicios. Y por último, la cooperación política y diplomática entre los dos Gobiernos tampoco fue posible debido a las acusadas asimetrías que generó la acertada decisión portuguesa de retirarse a América y la equivocada decisión española de subir a Bayona, al encuentro del Árbitro Supremo, olvidando en su precipitación hasta de coger los pasaportes....

La estratégica retirada de la Corte portuguesa a Brasil tuvo diversas consecuencias, casi todas positivas. La primera: Portugal reforzó su vieja alianza con Inglaterra. Fue Inglaterra quien impidió en tres ocasiones (Junot, Soult, Massena...) que los franceses se apoderasen

de la fachada atlántica. Naturalmente, cobrando un elevado precio por sus servicios: los tratados de alianza y comercio del 19 de febrero de 1810. La segunda consecuencia: el núcleo de la soberanía nacional, personalizado en la figura del Príncipe Regente, se mantuvo intacto, libre, preservando así la monarquía absoluta y toda la estructura política del Antiguo Régimen. La tercera consecuencia fue que, al mantener intacto y libre su centro de decisiones —pese a la invasión de la metrópoli— Portugal mantuvo la unidad de su acción política exterior, siempre con una sola cabeza al frente de su diplomacia. La cuarta consecuencia: al trasladarse la Corte a Río de Janeiro la política exterior portuguesa se americanizó. La presencia de D. João VI en Brasil sirvió para ejecutar proyectos expansionistas en el Amazonas (conquista de la Guayana francesa) y en el Plata (intervención en la Banda Oriental del Uruguay en 1811 contra Artigas, a petición del virrey Elío.) La presencia de D. João VI en Brasil sirvió para retrasar la independencia de la colonia y preservar la unidad de su enorme masa territorial. Gracias a que D. João VI estuvo en Río de Janeiro se conjuró el doble peligro de la guerra civil y de la fragmentación en pequeñas repúblicas rivales. Tanto se americanizó la política portuguesa que en 1820 la revolución liberal de Oporto forzó el regreso del rey. La última y principal consecuencia de la sabia retirada a Brasil fue que el pequeño Portugal se convirtió en Europa en una potencia respetable por sus recursos y en España en una potencia temible, por la facilidad con que podía expandirse desde Brasil a costa de los virreinos españoles.

La decisión de Carlos IV de permanecer en Aranjuez, desoyendo una vez más el consejo de Godoy, tuvo también consecuencias para España. Pero en este caso negativas, diametralmente opuestas a las de Portugal. La primera: su total aislamiento. Al cambiar de pareja y declarar la guerra a Napoleón, España rompió con su única valedera en el plano internacional. La alianza con los enemigos de la víspera, minada por el recelo, no compensó su salida del bloque continental. La segunda: el núcleo de la soberanía nacional, personalizado en la

figura de Fernando VII, será secuestrado. El vacío político que deja lo llenará primero la Junta Central Suprema, después las sucesivas Regencias, enfrentadas a las Cortes. España hace al mismo tiempo la Guerra y la Revolución, con la consiguiente inestabilidad institucional. Al romperse la unidad de la acción política, al faltar la cabeza rectora de Godoy, todo se volvieron pies. La diplomacia española se partió en dos bandos, como el país: el josefino y el nacional. En este último bando se sucedieron catorce titulares en la I^a Secretaría de Estado en apenas siete años. Con la casa en llamas, la metrópoli no tuvo cabeza para ocuparse del inmenso patio trasero colonial. ¡Si en su momento se hubieran enviado los infantes a los virreinos...! El vacío de España en América lo aprovechan en el Norte los Estados Unidos para avanzar en el seno mejicano y en el Sur Portugal para avanzar en la cuenca del Plata. Y lo aprovechan, por supuesto, los criollos para consumir una independencia que fragmenta la unidad de los antiguos virreinos en un mosaico de pequeñas repúblicas rivales enfrentadas, todavía hoy, por cuestiones de límites. La última consecuencia de la decisión de Carlos IV de permanecer en Aranjuez fue que, por primera vez en la Historia, el pequeño y débil Portugal pudo mirar muy por encima del hombro, desde un escalón superior, a la antes grande y poderosa España, árbol caído del que todos se disponían a hacer leña.

...

Hubo en el verano de 1808 un primer momento de entusiasmo y reconciliación en las relaciones luso-españolas. Fue protagonizado por las Juntas Provinciales que, titulándose supremas, practicaron una diplomacia a escala regional. La Junta de Oporto estuvo a punto de fundirse con la de Galicia. La Junta de Badajoz cooperó estrechamente con la de Campo Maior. La Junta de Sevilla suscribió acuerdos con la del Algarve. Pero pasado el impetuoso desbordamiento de las Juntas, las aguas diplomáticas refluyen y vuelven a discurrir por los cauces convencionales. La Junta Central se desembarazó del

versátil D. Pedro Cevallos enviándolo a Londres y confió la cartera de exteriores a su secretario general, el activo aragonés Martín de Garay, representante de la Junta de Extremadura. Como ministro plenipotenciario en Río de Janeiro se nombró al Marqués de Casa Irujo. Para que se hagan ustedes una idea de cómo estaban las cosas entonces: tardó casi cinco meses en embarcar por falta de fondos. Y una vez en Brasil fue el Tesoro portugués quien tuvo que adelantarle las mensualidades, con poca esperanza de reintegro... En Portugal, por su parte, el Primer Secretario de Estado D. Rodrigo de Sousa Coutinho, Conde de Linhares, nombró como ministro plenipotenciario ante la Junta Central establecida en Sevilla a su sobrino D. Pedro de Sousa y Holstein. ¡Eso sí...! Tomando una precaución: no decirle ni palabra acerca de las ocupaciones perpetradas en la Banda Oriental los años 1801 y 1804.

D. Pedro de Sousa y Holstein, futuro Duque de Palmela, era un joven de apenas 28 años, pero que llevaba la diplomacia en la masa de la sangre. Wellington llegó a considerarle el diplomático más competente de toda Europa, en una época que fue la de Talleyrand y Metternich. Los objetivos que D. Rodrigo señaló a su sobrino fueron tres: el apoyo a los derechos sucesorios de Carlota al trono español, para el caso de que Napoleón decidiera darle a Fernando VII pasaporte al otro mundo; el eventual nombramiento de Carlota como Regente, batalla que libró a raíz de la disolución de la Junta Central; y la firma de un Tratado de Alianza y Comercio luso-español. En uno de sus artículos debía incluirse la devolución de Olivenza "para extinguir por completo la memoria de la tiranía francesa". La devolución de Olivenza debía ser el borrón y cuenta nueva que pusiera a cero el contador de las relaciones luso-españolas, la penitencia redentora que Portugal imponía a España para expiar el doble pecado de la *Guerra de las Naranjas* y el Tratado de Fontainebleau.

¿Pedía D. Rodrigo de Sousa la entrega de Olivenza por su valor estratégico? En todas las guerras luso-españolas de la Edad Media y

Moderna la plaza fuerte de Olivenza había tenido, ciertamente, un enorme valor estratégico por su posición en la margen izquierda del Guadiana, junto a Badajoz. Esa posición es lo que explica el Tratado de Alcañices de 1297, cuando el rey D. Dinis de Portugal impone a la reina viuda D^a María de Molina la anexión de Olivenza, por delante de la línea del Guadiana, y la anexión de Campo Maior, por delante de la línea del Caia. De esa manera neutralizó en parte la fuerte posición de Badajoz, ambicionada por Afonso Henriques el año 1169: clavándole una cuña en el Norte y otra en el Sur. La estratégica posición de Olivenza es lo que explica la primera muralla de D. Dinis, el alcázar de D. Afonso IV con su imponente torreón, la *barreyra* fernandina, la cava y los torreones artillados de D. João II, la tercera muralla manuelina y el puente-fortaleza de Ajuda, las fortificaciones abaluartadas del XVII, los cuarteles de infantería y caballería del XVIII para los regimientos permanentes, el hospital militar, el polvorín de Santa Bárbara... Olivenza fue una dolorosa espina clavada en el flanco sur de Badajoz durante cinco siglos. Por eso en 1709 el capitán general de Extremadura, Marqués de Bay, voló los seis arcos centrales del puente-fortaleza de Ajuda. Para cortar el cordón umbilical que unía el enclave de Olivenza al resto de Portugal. Y por eso en 1801 un hijo de Badajoz completó la operación haciendo que Olivenza regresara a sus orígenes y volviera a estar políticamente donde geográficamente siempre estuvo.

En 1809 el Puente de Ajuda llevaba un siglo destruido, las murallas estaban con brechas y los revellines en ruinas. Si Olivenza nada valía ya en aquel momento como plaza fuerte entonces... ¿por qué D. Rodrigo de Sousa encomendó a Palmela que negociara su devolución...? Lo hizo pensando no en su real valor estratégico, muy mermado, sino en su virtual valor político. El Conde de Linhares pensó en Olivenza como moneda de cambio para realizar la siguiente jugada: ceder por segunda vez los 450 Km² de Olivenza a cambio de legalizar la posesión de los 125.000 ocupados en la Banda Oriental del Uruguay.

Palmela realizó dos intentos para recuperar Olivenza. El primero, en los meses de agosto-septiembre de 1809 ante la Junta Central establecida en Sevilla, tuvo como interlocutores a Jovellanos y Martín de Garay. La base IV^a del Tratado que les propuso firmar estipulaba la cesión de Olivenza por España sin contrapartida alguna en América: “Para aniquilar hum monumento das tristes dissensões que existiram entre os dois paizes, contra os seus verdadeiros interesses e desejos; para dar mais huma prova da sinceridade com que vão ligarse perpetuamente, etc., consente o Governo de Hespanha em que se torne novamente a reunir Olivença e o seu território aos dominios de Portugal”. Palmela fracasó en su primer intento por tres motivos. El primero la negativa de la Junta a asumir la responsabilidad de desmembrar una pequeña porción de la Monarquía, la cual sólo podían tomar sobre sus hombros las futuras Cortes. El segundo, la dimisión del Secretario de Estado Garay (a quien, por cierto, Palmela trató de sobornar...). La derrota de Ocaña y la consiguiente entrada de los franceses en Andalucía provocó la disolución de la propia Junta Central en enero de 1810. El tercer motivo fue la oposición del embajador inglés, Richard Wellesley, a que pequeños intereses secundarios estorbaran la consecución del objetivo principal: expulsar a Napoleón de la Península.

El segundo intento para recuperar Olivenza lo realizó Palmela en los meses de febrero-abril de 1810 ante el primer Consejo de Regencia establecido en Cádiz, teniendo como interlocutores al viejo D. Francisco Saavedra y al nuevo Secretario de Estado Eusebio Bardaxí. Frente a la devolución unilateral de Olivenza por España, sin contrapartidas en América, el Artº IV del borrador del Tratado de Cádiz de 1810 estipulaba la vuelta recíproca al *statu quo ante* 1801 en los dos hemisferios. Cito literalmente: “A fin de borrar del todo la memoria de las funestas disensiones que existían entre las dos monarquías, contra los intereses de ambas, consiente el gobierno español en que la ciudad de Olivenza, su territorio y dependencias, sean reunidas de nuevo a perpetuidad a la corona de Portugal. Por su parte, Su

Alteza Real el Príncipe Regente de Portugal, atendidas las reclamaciones a que la España piensa tener derecho en la América meridional, fundadas en el Tratado de Límites de 1777, conviene en que se nombren por ambas partes un igual número de comisarios encargados de *verificar cualquier infracción involuntaria que pueda haber tenido el referido Tratado de Límites en las posesiones de las dos Coronas en la América meridional*. Debiéndose en un plazo indicado restablecer exactamente en su vigor todo lo que se estipuló en el sobredicho tratado". El texto revela la ignorancia del negociador portugués acerca de las ocupaciones perpetradas en la Banda Oriental del Uruguay en 1801 y 1804 y la poca fe del negociador español en devolver Olivenza. Palmela fracasó también en este su segundo intento porque el aliado común, el Gobierno inglés, le negó su garantía al Tratado al contemplar otro artículo del mismo la posible unión de ambas monarquías en la persona de Carlota Joaquina o sus descendientes. Y también porque Río de Janeiro se negó a ratificarlo. D. Rodrigo de Sousa quería manos libres en Brasil. Jugar con los intereses europeos para favorecer los americanos, sí; pero no hasta el punto de tener que devolver 125.000 Km² en la Banda Oriental del Uruguay para recuperar 450 en la margen izquierda del Guadiana.

Fracasada la vía diplomática en 1809 y 1810, Portugal intentó entonces repescar Olivenza aprovechando el río revuelto de las circunstancias bélicas. Fue en abril de 1811, vísperas del trascendental choque de La Albuera. Una división inglesa y una brigada portuguesa reconquistaron Olivenza a los franceses. Acto seguido, izaron la bandera portuguesa en lo alto del castillo argumentando que el Tratado de Badajoz de 1801 había sido anulado en Río de Janeiro por el Manifiesto del Príncipe Regente el 1 de mayo de 1808. El mismísimo Castaños tuvo que ir expresamente desde Valverde a restablecer el orden en la retaguardia, lo cual consiguió con la ayuda del propio Duque de Wellington. Y es que a Inglaterra no le interesaba de manera ninguna que Olivenza volviera a Portugal. Recordemos que

tanto la cesión de Olivenza a España como la cesión de la isla de Trinidad a Inglaterra estaban unidas por el solemne vínculo jurídico del Tratado de Amiens de 1802. La devolución de Olivenza a Portugal abría peligrosamente la puerta a una hipotética, molesta, innecesaria reclamación de la Trinidad por España. Estoy diciendo, sí, que la potencia responsable de la usurpación de un fragmento del territorio nacional (Gibraltar) ha venido siendo también la responsable de la conservación de otro fragmento (Olivenza).

...

Llegados a este punto, conviene ir acabando con alguna conclusión. Y esa conclusión no puede ser otra que responder la pregunta formulada al principio. ¿Por qué no cuajó la alianza luso-española? ¿Por qué Portugal y España siguieron siendo rivales, y no aliados? En la encrucijada decisiva del Dos de Mayo, ¿por qué se tomó el mal camino, en lugar del bueno? Nuestra respuesta es: por el profundo desequilibrio de poder entre los dos países, resultante de la acertada decisión portuguesa de retirarse a Brasil y la equivocada decisión española de ir al encuentro del Emperador.

Después del Dos de Mayo España quedó en situación de inferioridad moral, acomplejada por la culpa de haber estado aliada doce años a la Revolución y a su heredero. España quedó completamente sola, aislada internacionalmente, sin que ninguna potencia de Europa apoyara sus intereses. España quedó partida en dos bandos, josefinos y patriotas. En el bando nacional, además, todo fueron zancadillas y navajeo. Guerrilleros hubo muchos... Pero España no tuvo ningún caudillo indiscutido, como Wellington, ningún estadista y diplomático, como Metternich, capaz de asegurar la necesaria unidad de la acción militar y de la acción política, en el interior y el exterior. España, sin marina de guerra, sin infantes en suelo americano a título de virreyes, quedó separada de América, ausente de América. En esta penosa situación, la orgullosa España, perro flaco al que todo se volvieron pulgas, fue incapaz de recomponer sus relaciones con el

vecino. España siguió mirando a Portugal con menosprecio, como peón de brega de Inglaterra. España fue incapaz de elaborar una política portuguesa.

Portugal, en cambio, sí tuvo una política española. Incluso dos, según fuera el escenario americano o peninsular. Portugal quedó en situación de franca superioridad moral al haber resistido las presiones del Directorio, del Consulado y del Imperio. Al romper con Francia, Portugal no quedó aislado internacionalmente, sino que reforzó su vieja alianza con Inglaterra. Portugal mantuvo la indispensable unidad de su acción política interior y exterior, mientras Wellington y Beresford forjaban en el campo de batalla, la mejor escuela, a un ejército nacional antes inexistente. Portugal estuvo presente en América, elevó el Brasil a Reino. A la hora de la inevitable independencia, todo quedó en Casa. Sintiéndose seguro de sí mismo, libre y fuerte a pesar de la onerosa alianza con Inglaterra, el pequeño Portugal decidió aprovecharse de la penosa situación de España y ajustarle las cuentas, pasarle factura, tomarse la revancha.

No podemos entrar a analizar aquí con detalle el complejo conjunto de las relaciones luso-españolas en el ámbito dinástico, militar, económico, político, civil, etc... Para muestra, un botón: Olivenza. Terminamos concluyendo que el Dos de Mayo supuso una inversión total de las tradicionales relaciones de poder que, históricamente, habían venido manteniendo Portugal y España. Mientras D. João VI permaneció en Río de Janeiro, Portugal tuvo una clarísima posición de preeminencia sobre España. Portugal jugó a la ofensiva con ambición, audacia y oportunismo. Fue a por todas en ambos hemisferios. Debía haberse callado. *Le convenía* haberse callado. Y sin embargo, se atrevió a exigir Olivenza. España jugó a la defensiva, sin creatividad, sin ideas, dando largas y echando balones fuera. Sintiéndose culpable, se sintió derrotada de antemano. Era víctima de un expolio de 125.000 Km² en América y asumió, desde entonces hasta hoy, el papel de reo por la conquista limpia de 460 Km² en la Península.

Después del Dos de Mayo los Gobiernos de Portugal y España tenían que haber puesto a cero el contador de sus relaciones con generosidad, haber hecho borrón y cuenta nueva, pasar página, olvidar el pasado y pensar en el futuro con realismo, adaptándose a un tiempo nuevo que no admitía ya ni reyes absolutos en lo político, ni monopolios comerciales en lo económico. Un mínimo de generosidad, visión de futuro y sobre todo realismo político entre los dos Gobiernos habría servido para refundar las relaciones luso-españolas sobre nuevas bases, lo cual habría permitido a su vez poner fin al divorcio moral entre los dos pueblos.

Era tan grande el desnivel entre Portugal y España que pesaron más en la balanza las inercias del pasado, las reglas clásicas de la más pura y dura política de poder, el maquiavelismo más refinado, que las afinidades del presente, la tímida posibilidad de un realineamiento luso-español en el nuevo escenario del Congreso de Viena. Por eso ambas naciones, que sin duda ganaron la guerra, perdieron la paz. Portugal fue humillado teniendo que devolver a Francia la Guayana (Artº 107). España fue más humillada aún teniendo que comprometerse a negociar la devolución de Olivenza (Artº 105). ¡Gana una guerra para esto...! “Las Potencias, reconociendo la justicia de las reclamaciones formuladas por S.A.R. el Príncipe Regente de Portugal y del Brasil sobre la villa de Olivenza y los otros territorios cedidos a España por el Tratado de Badajoz de 1801, y considerando la restitución de los mismos como una de las más acertadas medidas para asegurar entre los dos Reinos de la península aquella buena armonía, total y permanente, cuya conservación en todos los puntos de Europa ha sido la constante finalidad de sus reglas, se obligan formalmente a dedicar, por medio de la conciliación, sus mayores y más eficaces esfuerzos a fin de que se lleve a cabo la retrocesión de los citados territorios a favor de Portugal. Y las Potencias reconocen que esta medida debe ser puesta en práctica a la mayor brevedad”.

Desde que el astuto Palmela logró incluir en el Acta Final del Congreso de Viena este artículo, Olivenza es la china en el zapato de las relaciones luso-españolas, como Gibraltar es la china en el zapato de las relaciones hispano-británicas. La tinta todavía fresca del Artº 105 pasó a la primera Constitución portuguesa de 1822. Su artículo 20, después de enumerar las posesiones de la Corona en Europa, América, África y Asia, declaraba: "A Nação Portuguesa não renúncia o direito que tenha a qualquer porção do territorio não comprendida no presente artigo". Esta cláusula de salvaguardia ha ido transitando después sin apenas alteraciones de una Constitución a otra y fue la responsable de que Portugal y España no consiguieran cerrar la definición de sus respectivos límites. En la actual Carta Magna se mantiene en estado de hibernación. Ni la Revolución de los Claveles de 1974, ni el ingreso de Portugal y España en la CEE en 1986, ni el Tratado de Maastricht de 1992, han servido para suturar la fístula fronteriza de Olivenza, excluida de los Convenios de Límites de 1864 y 1926. Olivenza subsiste así como problema de imposible solución política, secuela de la *Guerra de las Naranjas*, del segundo y crucial tropezón de Godoy con Portugal. Olivenza fue, si me permiten la expresión coloquial, una especie de puñalada traperera que Portugal intentó darle a España aprovechando la Guerra de la Independencia y el Congreso de Viena. Sin duda, los dos momentos de mayor desconcierto de la diplomacia española en toda su historia.

Cuando en el verano de 2001 – año del bicentenario de la *Guerra de las Naranjas* – España se dispuso a reconstruir el viejo Puente de Ajuda, después de haberse frustrado en 1994 la reconstrucción conjunta del nuevo, un Tribunal Civil de Lisboa lo impidió considerando como fundamento de hecho la anulación del Tratado de Badajoz luso-español de 1801 por la publicación, en Río de Janeiro, del famoso Manifiesto del Príncipe Regente. Para que vean ustedes cómo los efectos del Uno de Mayo portugués y el Dos de Mayo español llegan hasta hoy. Cómo la Guerra de la Independencia y la Paz de Viena siguen entre nosotros. Cómo aguas pasadas sí mueven

molino, cómo de aquí se va allá... Cómo se ha cumplido la profecía del Príncipe Regente cuando, el 5 de junio de 1801, desde el Palacio de Queluz, autorizó a su Ministro de Exteriores Luis Pinto de Sousa la entrega de Olivenza con las siguientes palabras: "O ceder a praça de Olivença não seria grande perda; e o mau estado de defeza em que estava esta praça faz ver que a não julgava de grande importancia; mas será hum escandaloso padrão, que fazendo lembrar a guerra que El-Rei Cathólico fez a seus fillos, fará conservar a inimizade entre as duas nações, que eu muito desejo ver extincta".